

facilidad que había para matarlos demostraba claramente la dificultad de acabar con todos ellos.

Los belgas acezaban, fatigados de aquella labor de carniceros, y daban casi á ciegas los golpes; el vigor que primero habían desplegado y que les bastaba para destrozcr cráneos, romper huesos y partir miembros, apenas les alcanzaba ya para causar heridas insignificantes: la partida se iba haciendo desigual; pronto comprendimos que no podía prolongarse. Ya bajaban de la altura tantas blusas rojas, tantas lanzas con banderas, tantos jinetes y tantos infantes, que acabamos por vaticinar la próxima destrucción de la animosa compañía de Lannoy. Esta volteó su frente, unos cuantos soldados continuaron su resistencia contra los chinacos que se habían metido en el callejón; el grueso de la tropa siguió peleando contra los enemigos que, formados en la gran plaza, apoderados de todas las bocacalles y encaramados en lo alto de los edificios, formaban un abanico de fuego que lo cubría todo. Los de Lannoy disparaban sin cesar, hacían blanco de sus tiros á los oficiales republicanos, pero no podían resistir más. Vino al suelo el jefe, vinieron al suelo varios suboficiales y sargentos, no quedó más que el teniente Walton para mandar aquel contingente diezmado y hecho trizas: ya no era posible triunfar, ni siquiera podían los hombres seguir defendiéndose con fruto. Walton ordenó la retirada, pero ésta no era cosa sencilla: el



FONDO ENCOMENDADO
A VALVERDE Y TELLEZ

grueso de los chinacos ocupaba casi toda la plaza, había que caminar para atrás, que usar del fusil como maza, que despejar el camino que embarazaban los que caían muertos...

Durante algunos minutos el fuego cesó casi del todo; los chinacos no se atrevían á atacar de frente y buscaban lugar por donde introducirse aunque fuera de flanco. Entonces deliberamos sobre lo que convendría hacer y sobre cómo habíamos de morir lo menos tristemente posible. Gheude, que no me había abandonado un punto, hallaba manera de indicarme cómo me había de colocar para que no me hiriera una bala republicana.

— Ten cuidado, muchacho; abrígate bien... aquí, en esta claraboya, nada te harán... Trépatte en mí, trépatte en mi hombro y dispara desde lo alto de la esquila; ¿lo ves? Ese confitazo era para ti y apenas tocó la campana. ¿Oíste cómo sonó?... Ahora voy yo... ¡A la una!... Le metí una bala al jinete del zarape rojo y del caballo alazán... ¿Quién será?... ¡Qué tontería! Ya se levanta el maldito; el caballo no más quedó en el suelo... á ver si ahora... ¡á la una!...

Y seguíamos disparando, yo á horcajadas del gigante ó buscando una aspillera propicia, él protegiéndome y haciendo el negocio por su propia cuenta.

Por espacio de algunas horas el fuego no cesó un punto; aquel malaventurado cañoncillo que tanto trabajo nos

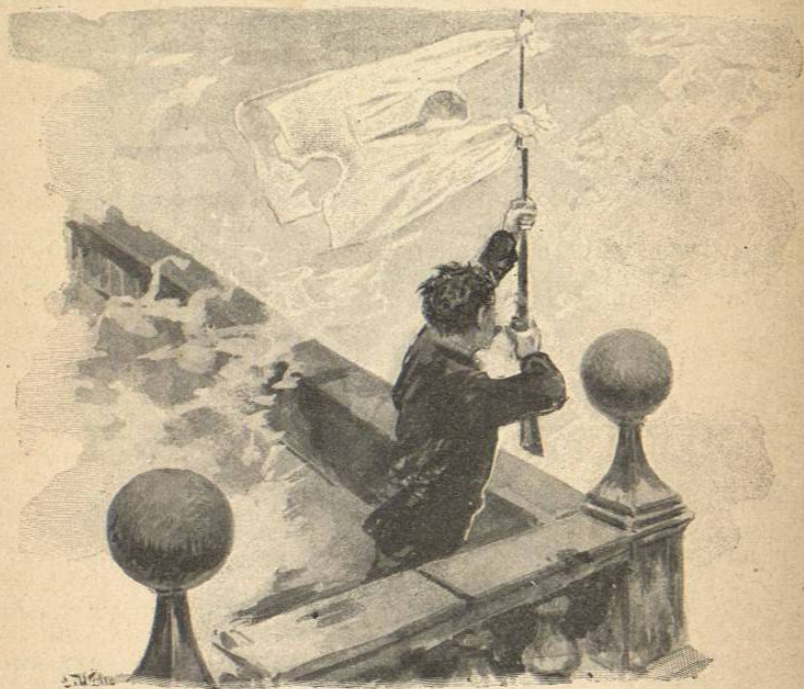
había dado á la llegada, estaba callado ya, así como el artillero que le manejaba, un tal Nava, mexicano, que á los primeros disparos había caído muerto. Jacobs, subteniente belga, que en sus principios había sido sargento de artillería, se hizo cargo de la pieza y en pocos instantes ¡pum, pum, pum! causó un horrible destrozo entre los enemigos. Pero ¿de qué servían los ardides y hasta las heroicidades ante el número y la valentía de los chinacos?

Un clarincillo indio, de quince años de edad, salió á la plaza, disparó su fusil, mató é hirió á algunos enemigos, pero no volvió de su temeraria excursión.

Un soldado belga vió caer una granada al pie de la trinchera de adobes que se hallaba fuera de la iglesia, saltó la barda, se echó el fusil á la cara sin hacer caso del maldito ingenio, que seguía murmurando cosas siniestras y echando chispas azules, verdes y rojas hasta que se extinguió sin hacer explosión. Un sargento, que ya había visto que el disparar tiros iba á ser tarea que durara mucho tiempo, cada vez que necesitaba salir á la plaza para detener la furia de los chinacos pedía un traguito á la cantinera, su mujer: *Trientje, gsef me nog een borrel vooz aleer ik in't vuuz gá...* (Trini, échame otra copita para irme al fuego).

Cuando estábamos ya agotados, perdidos, sin esperanza y sin aliento, se enarboló en la iglesia una bandera blanca, una camisa pendiente de la bayoneta de un fusil;

los chinacos enviaron un parlamentario, sus bandas aceptaron la suspensión de las hostilidades; muchos oficiales enemigos se acercaron, alzaronse los soldados que estaban pecho á tierra y parecía todo terminado. En este momento



el doctor Lejeune alzó la voz y ordenó á los que ocupábamos la torre:

— ¡Fuego; fuego ahora contra esa canalla!

Salieron los tiros. Más de treinta mexicanos quedaron muertos en el punto; los demás se pusieron furiosos ante aquel acto de salvajismo que implicaba una horrible traición. Entonces comprendimos que la suerte estaba echada

y que no había que pensar en obtener concesiones. El ataque se redobló en todos los puntos; por todas partes se oyeron gritos de rabia, y el furor de los republicanos, perfectamente justificado en aquel momento, llegó hasta lo indecible.

De repente, entre el humo caliginoso que llenaba el aire, á través de aquella atmósfera densísima que apenas atravesaban como relámpagos los fogonazos de los tiros, vi algo que me causó positivo horror: una mujer y unos niños, la esposa y los hijos de Régules, fueron puestos en la trinchera para recibir las balas de los mismos que acudillaba su marido y padre. Vi á la pobre señora cubrir á sus hijitos, ponerse de escudo para que no sufrieran daño y exponerse ella misma á los tiros cruzados de una y otra parte para lograr defenderles...

Los que estaban en el parapeto de abajo dicen que creyeron cesarían los fuegos enemigos; pero con gran sorpresa suya escucharon una voz que gritó con marcado acento castellano:

— ¡Moño; nada importa!... No por la mujer y los churumbes presos había de detenerse esto. ¡Adentro!

Los historiadores novelistas han puesto en boca de Régules no sé qué sublimidades dignas de Corneille; no habló sino lo que dejo transcrito... que quiere decir lo mismo que le atribuyen, aunque sin tanta retórica.

¿Quién fué el aconsejador de aquella atrocidad que es-

pantaría hasta á los mismos caníbales? Todos dicen que el doctor Lejeune; pero yo no me atrevo á recargar la memoria del desgraciado físico con tan espantosa imputación.

Pero espantoso ó no el suceso, no tuvimos tiempo de comentarle; un compañero anunció que se incendiaba un costado de la parroquia y á poco vimos salir lenguas de fuego, no de uno, sino de los cuatro lados del templo.

— ¡Nos quemamos!

— ¡Está ardiendo todo!

— ¡Abajo va un chinaco con una tea!

— ¡Ya cayó!

— ¡No ha caído; ninguna bala le tocó!

— ¡Se meten por la puerta!

— ¡Abajo!

— ¡A rendirnos!

— ¡No hay que rendirnos!

— ¡Hay que vender caras nuestras vidas!

— ¡Hay que luchar hasta la último!

— ¡Aquí no podemos luchar!

— ¡Podemos luchar, pero no convertirnos en chuletas!

— ¡Abajo!

Y emprendimos el descenso desatinada, loca, ciegamente; todo era tropezarnos, rodar escalones, bajar de prisa y asombrarnos cuando nos asomábamos por las ventilas del caracol.

Al fin nos encontramos en el cuerpo de la iglesia; pero

¡qué espectáculo tan tremendo aquél! El cañón nuestro vomitaba metralla desde el altar; el cañón mexicano nos batía desde la puerta causándonos destrozos; el aire era pesado, irrespirable, impregnado de no sé qué cosas que le volvían un tormento más que un alivio; abajo veíamos caer á nuestros compañeros y escuchábamos los lamentos de los heridos que nos pedían agua; arriba veíamos el incendio lamer el techo mal seguro, los colaterales dorados, los retablos negruzcos y amenazar toda la vieja construcción... No una mujer, una pobre mujer que por primera vez presenciaba espectáculos de muerte, el hombre mejor templado habría enloquecido de horror ante aquel conjurarse de todas las cosas, ante aquel luchar sin esperanza, ante aquella muerte segura que iba poco á poco encerrándonos á todos entre sus brazos, acercándonos á sus fauces y apretándose á devorarnos...

Ya no podíamos estar dentro de la iglesia; los tiros de los contrarios nos hacían pedazos, las paredes se derrumbaban, los altares se venían abajo, hacía un calor que equivalía á encontrarse dentro de un horno. Nos refugiamos en la sacristía; pero allí estábamos poco menos que como sardinas en lata: apenas quedaba espacio para que alguno saliera, disparara el arma ó esgrimiera la bayoneta y volviera á su puesto si volvía. Mas esas eran luchas estériles, manifestaciones postreras de impotencia y de agonía. ¿Qué podíamos hacer que no fuera perecer allí